

# LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS  
Ruiz, 8, 1.º izquierda,  
MADRID

DIRECTOR: F. NAVARRO GONZALVO

AÑO II  
19 Octubre de 1889.  
NÚMERO 53.

## Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

### MANUEL DEL PALACIO

Tiene este poeta una reputación tan sólida como merecida.

Fecundo como pocos, ha escrito una hermosa colección de sonetos, la mayoría de los cuales pueden citarse como verdaderos modelos.

Desde la redacción del *Gil Blas*, donde hizo sus más brillantes campañas, hasta su último poema *El niño de nieve*, hay una larga serie de volúmenes que justifican su merecida y envidiable fama.



## PRECIOS DE SUSCRICIÓN

### Madrid y provincias.

Un año..... 9 pesetas.  
Seis meses..... 5

### Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 pesetas.

NÚMERO CORRIENTE, 15 CÉNTIMOS  
ATRASADO, 25

## PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.



# DIARIO GÓMICO



Crea usted, doña Baltasara de mi alma, que esto de escribir una *Crónica* todas las semanas es una de las obligaciones más fastidiosas que pueden pesar sobre un desventurado mortal.

—Eso lo dice usted por darse tono. En diez minutos enjareta usted ahí cuatro párrafos sobre cualquier asunto.

—El asunto, el asunto es lo que me falta. Démelo usted.

—Ayer hubo Consejo de ministros; dicen qué...

—¡Alto ahí! Nosotros no podemos hablar de eso.

—Es verdad. Olvidaba que no son ustedes políticos.

—Diré a usted: políticos en la acepción que tiene la palabra aplicada a la gobernación y administración de la cosa pública, no, señora; pero en cuanto se refiere a la urbanidad...

—Ya sé que son ustedes muy finos.

—Tantísimas.

—¿Conque la política da de sí, eh?

—¡Que sí, dai... Pregunte usted a los miles de funcionarios, desde ministro responsable a portero mal educado, ambos inclusive, que se nutren y engordan con el sabroso caldo de las ollas del Presupuesto, y ellos la contestarán por mí.

—No me refería a los sueldos que disfrutaban los servidores del Estado—que así los llaman—sino a los materiales que los temas políticos puedan proporcionar para emborrugar cuartillas.

—¡Oh, señora, no me hable usted de eso, por Dios, que se me hace la boca agua sólo de pensarlo!

Eso es una mina inagotable. Pero... ¡guarda, Pablo!

—De manera que usted se limita...

—A decir, por ejemplo, que en la verbena de Chamberí se han celebrado, entre otros festejos, carreras de burros, y que en San Petersburgo se va a construir una mezquita.

—A propósito de musulmanes. ¿Ha visto usted la embajada marroquí?

—Todavía no; pero sé algunos detalles referentes a esos apreciables moritos. Los que da un apreciable colega sobre su cocina, son muy curiosos.

—¿Curiosos?

—¡Ya lo creo! Su cocina, dice, es madre de la andaluz; el primer plato que sirven es muy parecido a nuestros clásicos callos; comen mucho la compota de membrillo, y el dulce de guinda, que mezclan con el alcuzcuz, y sus utensilios de cocina son sencillísimos; les bastan el cuchillo y la cacerola, y de lo que más se sirven es de los dedos.

—¡Ay, hijo! ¡Que no me conviden a mí a comer albondiguillas en la embajada!

—Oiga usted, oiga usted, doña Baltasara, y pásmese. En Valparaíso han preso a un Sr. D. Conrado Castellanos por falsificador... ¿de qué dirá usted?...

—De billetes de Banco.

—¡Qué! Por falsificador de la lombriz solitaria.

—¿De la ténia?

—Justamente. Daba a sus enfermos una pasta que, al ser digerida, salía con todos los caracteres del bicho.

¡Si todo el mundo se ingenia por robar con maestría!  
¡Sacaba, en vez de la ténia, dinero al que lo tenía!

—¡Valiente lío!

—¿De ropa?

—De familia.

—No se meta usted en la vida privada de nadie!

—No tengo esa mala costumbre. Esto es público, amiga mía.

En la villa de Gracia se celebraron el sábado dos matrimonios.

—¿Nada más?

—Tenga usted paciencia. Dos matrimonios, cuyos contrayentes son dos hermanos, una madre y una hija.

—De manera que el marido de la madre resultará suegro, cuñado y tío de su hermano.

—¡Caball Y padrastro de su cuñada.

—Y tío.

—Y la madre será cuñada de su hija...

—Y la hija...

—¡Por Dios! no siga usted. Eso tiene más enredijos que aquel cantar que dice:

—Anoche estaba pensando,  
de pensar me vuelvo loco:  
la suegra de mi cuñada,  
qué parentesco me toca...

—A propósito de matrimonios, doña Baltasara. ¿Ya tendrá usted noticia de la boda de nuestro compañero Ricardo?...

—¿Blasco?... ¿Se ha casado?...

—En París, el día 28 de Septiembre, con la señora doña Emilia Ballesteros, siendo testigos de la ceremonia su hermano Eusebio y los Sres. Alvaro Ruiz, vicecónsul de España, y los antiguos amigos del novio, Luque y Coll.

—¡Hombre! Pues déle usted la enhorabuena de mi parte.

—No se me olvidará el hacerlo.

—¡Gracias a Dios que se implanta aquí alguna mejora, y que se realiza alguna reforma trascendental.

—¿Qué es aquello?... ¿A qué obedece ese entusiasmo?

—¡Que nos van a uniformar a los cocheros de punto! ¡Qué guapitus van a estar con su carrik gris, con vivos encarnados!

—Y al mismo tiempo retirarán de la circulación esos armatostes feos, viejos, rotos y destaralados, sucios y mal olientes, sin coruñillas y con los cristales rotos, que con el pomposo nombre de coches ruedan por las calles de Madrid?...

—En cuanto a eso...

—¿Y destinarán a la plaza de toros, ó a las fábricas de embutidos, los pencos cansinos que tiran de esos vehículos?...

—Aquí no dice nada sobre el particular.

—¿Y se repartirá a cada cochero un tratadito de urbanidad y buenos modales, para que lo aprenda en los ratos de ocio, y sepa tratar al público como se merece?...

—Tampoco habla el proyecto de esos extremos.

—¿No? ¿Ve usted las cosas de este país? Todo se hace mal, y a medias. Los simonos tendrán carriks nuevos; pero el servicio seguirá tan detestable y tan deficiente como hasta ahora.

Irá muy limpio el cochero  
en el pescante, eso sí;  
y el coche, como hasta aquí,  
convertido en basurero!

—¡Otra, otra!

—¿Otra, qué?... ¿Quién canta por ahí?... ¿A quién pide usted la repetición?...

—¡A nadie, señora! ¡Buena es la cosa para que se repita! Es que ha tropezado con otra irregularidad.

—Lo ¡de todos los días.

—Ha sido robada la Caja municipal de Villanueva de las Cruces, y... ¡hágase usted cruces! ¡A que no adivina usted quienes son los presuntos ladrones?...

—Gente de la casa; funcionarios públicos.

—Ha puesto usted el dedo en la llaga. El juez municipal y el *idem* suplente.

¡Si el crimen y la impudicia  
sigue en estas proporciones,  
pronto en clase de ladrones  
a las gentes de justicia  
veremos en las prisiones!

E. NAVARRO GONZÁLEZ.



EL NIÑO DE NIEVE

QUINTO ACTO

(Fragmento de un poema próximo á publicarse.)

I

Ya del Bósforo en las aguas se iba la estela borrando que abrió la velera nave á la voz de: «Larga el trapo!» y aún de pie sobre la popa, entre afligido y huracán, un hombre de luenga barba y de semblante atezado, fija la vista en un punto del horizonte lejano, á merced del aire hacia flotar su pañuelo blanco. Desde torrecilla esbelta de pintoresco palacio una mujer muy hermosa otro pañuelo agitando, contestaba diligente á la seña ó al mandato; mas con distracción tan grande, y con tan poco entusiasmo, que remontar no vió al buque por la punta del Serrallo, y halló, al volver la mirada, desierto y mudo el espacio. —¡Por fin! tras hondo suspiro, exclamó: ¡Qué adiós tan largo! Y sentándose en el muro y cruzándose de brazos, fijó en el sereno cielo sus negros ojos rasgados.

Cinco ó seis años hacía que Yusuf el africano, aunque por la edad pudiese pretender amor más casto, era esposo de Ned Yuma, á quien conoció en Damasco, y que de mísera esclava logró llegar á tan alto, ya que por él la rodean la opulencia y el regalo, pues no hay mercader más rico que Yusuf en todo el barrio. Como él opulento, es ella hermosa, y aun sin agravio, puestas belleza y fortuna en comparación, acaso Ned-Yuma inclinar podría la balanza de su lado. Pisaron sus pies apenas las rosas de veinte Mayos, y el ángel de los amores trazó de su pecho el arco. Son sus mejillas jazmines, granada abierta sus labios, de antilope su garganta y de gacela su paso. Túnica de mil colores ciñe su cuerpo gallardo, que sujeta á la cintura *farja* (1) de ricos bordados, y en los hombros y en el seno luce, al par que sus encantos, ligero *schambar* (2) de gasa y *majsan* (3) de fino paño con broches de plata y oro y *jalek* (4) que lanzan rayos. No cubre su rostro el velo ni de la *sarima* (5), debajo tiene la oscura melena que acaricia el viento vago; pero si lleva, cual suelen

las mujeres de su rango, ajorcas de filigrana y cintillos con topacios. Iba cayendo la tarde, y absorta ante el espectáculo que en su crepúsculo ofrecen las almas, como los astros, aún Ned-Yuma proseguía mar y cielo contemplando. Por fin movió la cabeza, en pie se puso de un salto, y *Sta-fer-Al-lah* (6) diciendo ni muy fuerte ni muy claro, la escalera de la torre comenzó á bajar despacio.

II

Sola se encuentra Ned-Yuma en su camarín dorado, con el *g'ad y ar* (7) recogido y abierto el jaique de raso. Tiene delante una carta que dos veces leyó en alto, y arrojó después al suelo doblándola con sarcasmo; y cerrada todavía, otra conserva en la mano que exhala dulce perfume como á madera de sándalo. De Yusuf es la primera, y dice en menudos rasgos: «Tres semanas llevo ausente, y aunque no muy de mi grado, que estaré fuera te anuncio mucho tiempo... no sé cuánto. Mis intereses reclaman afán que no les consagro; tengo géneros pedidos en mis bazares intactos, y el oro en las alcancías es como el agua en los charcos. Así que recibas ésta, haz llamar, pues yo lo mando, á Hasán, á quien ya conoces, mi cajero y asociado, el cual correrá con todo, rentas, préstamos y cambios, dándote parte á menudo de los ingresos y gastos. Fuera de él, á nadie veas ni en la ciudad ni en el campo, pues á codicia no mueve joya que está á buen recaudo.» La otra carta que Ned-Yuma tardó en abrir poco rato, estas líneas contenía en puro lenguaje arábigo: «Huri de los negros ojos, en cuya lumbre me abraso, vivo por lo que deseo y muerto por lo que callo; de su silencio la cárcel romper intenta mi labio, y ayúdame á pedirte más rendido que postrado. A las nueve de esta noche, de las sombras al amparo, penetraré en tus jardines, que conozco palmo á palmo: una respuesta, un suspiro, y si tal ventura alcanzo, á ti volará dichoso Hasán, tu amigo y tu esclavo.»

MANUEL DEL PALACIO.

(1) Faja.  
(2) Jubón.  
(3) Manto.  
(4) Pielras preciosas.  
(5) Teca metálica.

(6) Dios me guarde!  
(7) Velo.

TEATRO DE LA COMEDIA



JOSEPA GUERRA.—Primera actriz.

Mi casa.

No les convido á ustedes á verla, porque me gusta estar siempre solo; pero voy á describirla para que la conozcan.

En las afueras de Madrid, á cien metros del tranvía, en medio de un prado, sin vecinos que fiscalicen y molesten, lejos del bullicio de la población y del polvo de la carretera, se levanta una tapia cuadrada, de cinco metros de altura, que encierra un espacioso jardín y un pequeño palacio. Esta es mi casa.

Una puerta de hierro defiende la entrada del jardín; multitud de abrojos de acero corona la tapia, y no se puede intentar ningún asalto sin que lo denuncie una red de timbres eléctricos. Además, hay ocho perros de presa que tienen á su cargo la portería, los cuales están siempre bien mantenidos, y no comen las morcillas que suelen echar los ladrones á los canes incautos. Por exceso de precaución, el jardinero, único hombre que me acompaña en la casa, tiene un revólver Smith y un rifle Evans de veintiséis tiros, y detrás de la puerta hay una ametralladora.

El jardín está completamente cubierto de fina y fuerte tela metálica, que lo defiende del granizo natural y de las pedradas artificiales, sirviendo de infanqueable muro á las mariposas y á las avicellas que me deleitan en mi posesión.

Dos pozos artesianos surten de agua toda la casa, y alimentan una cascada, una ría, un estanque, seis fuentes y numerosos surtidores. Las fuentes están llenas de peces rojos, amarillos, negros y azules. En la ría y en el estanque crían las carpas, las anguilas y otros pescados de agua dulce.

El jardín está dividido en dos partes: una pertenece á los animales y otra á las plantas. La primera contiene centenares de pájaros españoles y no pocos americanos: jilgueros, canarios, gorriones, ruiseñores, pitirrojos, pajaritos de las nieves, pardiños, calandrias, galfas del Japón, clarines y zenzontles de Méjico; periquitos de Australia y de la Florida, cotorras del Brasil y loros de Santo Domingo. Todos tienen sus árboles favoritos, sus nidos, su alimento especial. Debajo de este pueblo de artistas líricos hay otro compuesto de codornices, perdices, pavos reales, gallinas de Guinea, gallinas españolas y patos de Tampico. Hay también una familia de gacelas, otra de cabras, otra de ciervos y otra de ganado vacuno. Todos viven con relativa independencia, y se llevan bastante mejor que los diputados de la mayoría.

La otra parte del jardín, vedada á los animales, está llena de árboles, arbustos y plantas de España y de América, unos al aire libre, otros en invernáculos bien dispuestos. Abundan las rosas, los claveles, las azaleas, los nardos, las gardenias, las magnolias, las camelias y los floripondios. Hay días en que no se puede parar: ahogan los perfumes. Es uno de los mil quinientos motivos que me impiden convidar á la gente curiosa.

Todo el jardín está dentro de un segundo recinto fortificado, dejando á los perros el espacio comprendido entre ambos recintos. Cuando llueve y me molesta el agua, mando correr un toldo impermeable que cubre toda mi posesión.

El palacio (dispensadme que lo llame así) es un edificio á la americana, con todas las comodidades imaginables: elevadores, luz eléctrica, agua caliente y helada de día y de noche, baños



CRISÁLIDA



MARIPOSA

de cuantas clases se conocen y de otras poco conocidas, refrigerador, despensa bien avituallada, billar, gimnasio, sala de armas, y gabinetes turcos, persas, árabes, etc., etc.

Tiene habitaciones de invierno y de verano. En las primeras uso la calefacción por medio del aire caliente, y en las segundas tengo hamacas de familia, de matrimonio sin hijos y de soltero casto, dentro de kioscos que se rodean, á voluntad del consumidor, con mantos de agua cristalina, perfumada y sin perfumar.

No entro en detalles, porque no acabaría nunca. Es cosa digna de verse, y no digo más.

Pero acaso piense el indiscreto lector:

—¿Qué haces ahí metido con el jardinero y los animales? ¿No comprendes que en toda casa bien aderezada es indispensable una mujer?

Previsto el caso, mi querido lector; previsto en toda regla, aunque con una variante. Una mujer sola conmigo se aburriría muy pronto, porque no hay soledad más grande que la soledad á dúo. Es preferible la soledad en coro. Tengo, pues, en mi casa las huéspedes que á continuación se expresan:

Una cantinera russ, encargada del jardín zoológico.

Una señora dinamarquesa, jefe del jardín de plantas.

### Á UN ZOILO

¿Qué sabes tú de mi constante anhelo, de la gran ansiedad en que me abraza?... Nunca podrá reunirme el acaso; nunca habrá entre nosotros paralelo.

Porque rastreas tú mientras yo vuelo, porque bebemos en distinto vaso...

¿Qué nos separa? ¡Un infinito, un pasot! Vives en el pantano, yo en el cielo!...

Cuando leo tus sátiras, me abuso; en ellas claramente se refleja que no discurre como yo discurre...

¿Y tú me rondas entre ceja y ceja?... ¡Deja que sea yo mosca de burro,

Y ya te haré cosquillas en la oreja!

RICARDO F. CATABINEU.

### Teatro de la Comedia.



MARÍA GUERRERO.—Primera actriz.

Una señora suiza al frente de los comestibles.

Una institutriz inglesa, manejadora de la casa, sin perjuicio de remendar la ropa blanca y la de color.

Una criada gallega, encargada de fregados y barridos.

Una odalisca turca, ayudante de cámara cerca de mi gabinete particular.

Una negrita del Congo, propia para rascar la cabeza.

Una musumi del Japón, abanicadora con ejercicio.

Una doncella árabe, comisionada de los asuntos imprevistos.

Todas estas damas son regularmente parecidas: la menor tiene catorce años, y la mayor quince y dos meses.

Vive cada una en su habitación, y sólo se reúnen para comer. Ninguna sabe más que su respectiva lengua, por lo cual no pueden hablar unas con otras. Tampoco me entienden á mi, ni yo las entiendo á ellas. Así nos llevamos perfectamente: nunca hay disputas.

Debo advertir que...

Mes habiendo dicho que me gusta estar solo, creo excusadas las advertencias.

Una, una sola necesito hacer á ustedes para concluir. En mi vida he tenido casa.

Ni ahora tampoco.

ADOLFO LLANOS.

### VENGANZA

—¡Tiemble la esposa infiel! ¡Tiemble la ingrata! Dica de rabia y de rencor deshecho, Y avanza airado hacia el impuro lecho Donde ella yace en somnolencia grata.

Como sordo turbión que se desata

Siente rugir la cólera en su pecho,

—Y en caso tal, exclama satisfecho:

¡Quien, cual yo, tiene honor, ó muere ó mata!

Alza luego la mano en que fulgura

Raudo el puñal; pero vencido en tanto

Por misterioso impulso de ternura,

Ve que sus ojos humedece el llanto;

Y al fin, ahogado en lágrimas, murmura:

—¡Si no puedo, señor!... ¡La quiero tanto!

ATAULFO FRIERA.

## DESDE EL BOULEVARD

**E**stó boca á su fin.

Esto es la Exposición, que dentro de tres semanas cerrará sus puertas al público para caer bajo la piqueta demolidora de los albañiles.

Los rezagados aprovechan estos últimos días para visitar el Campo de Marte é islas adyacentes, que no otra cosa parecen los pabellones aislados en el mar de barro que las benéficas lluvias de otoño han formado allí.

La torre Eiffel tiene metidos sus enormes pies—casi tan grandes como los de cualquier guardia de Orden público,—en el líquido elemento, y la cola de ascensionistas espera turno, con agua á la rodilla, para tomar el ascensor ó las escaleras que la conduzcan á las alturas.

Los *tickets* de entrada están ya al alcance de todas las fortunas: hoy me los ofrecían á cinco perros chicos.

La semana que viene estarán á diez céntimos.

Y eso que el número de provincianos y extranjeros que diariamente entra por aquellas puertas: no baja de cuatrocientos mil.

Y no hablo de los parisienses, porque esos, ó ya no van por saberse la Exposición al dedillo, ó son del tipo de uno que yo conozco, y es del *barítano*—no siempre ha de ser el tenor—siguiente:

En Mayo no fué porque todo estaba á medio acabar.

En Junio porque aún faltaba algo que instalar.

En Julio porque era una vergüenza que vieran que estaba en París, y se fué á los baños de mar.

En Agosto estaba decidido á ir, pero... ¡hacia tanto calor!

En Septiembre le aterraron los provincianos que vomitaban los trenes de recreo, y como le revientan las aperturas... lo dejó para Octubre. Ayer le encontré, y al preguntarle al fin había estado en la Exposición, me dijo:

—Aún no; pero con estas primeras lluvias, ¿quién va? El mes que viene iré.

Y el mes que viene, si se desecuda, se encontrará las puertas cerradas, porque la Dirección de la Exposición ha decidido cerrar irrevocablemente el día 6, en que termina la prórroga concedida.

De tantas maravillas quedará en pie la Torre Eiffel. Probablemente se conservarán también la Galería de Máquinas, la Cúpula central y los dos palacios gemelos de Bellas Artes y Artes Liberales.

El Campo de Marte se convertirá en grandioso parque, y esos hermosos edificios servirán para Exposiciones parciales y anuales.

A no ser que un proyecto de que empieza á hablarse en serio, se realice.

Este proyecto es la *Gran feria de París*, que se celebraría todos los años en el Campo de Marte, y vendría á ser el *Salón* anual de las Artes Liberales, la Industria y la Fabricación.

Sólo se admitirían las cosas nuevas del año.

Todo invento, toda perfección que contara más de doce meses de existencia, se quedaría fuera.

Esto vendría á ser una especie de Exposición Universal que se celebraría anualmente en París.

Pretexto para visitar la gran ciudad y dejarse en ella los cuartos.

Pero tendría dos inconvenientes.

Primero, quitar interés é importancia á las Exposiciones futuras.

Segundo, que ese *Salón* industrial se vería muy concurrido los primeros años; pero después le pasaría lo que á las fiestas nacionales, que mueren de vejez.

Se acabaron las elecciones, y se acabó el general Boulanger. Sus más adictos defensores le abandonan.

Ya dicen que Rochefort está de monos con él, y que el conde Dillon le pone hocico.

Lo peor de todo, es que, con la popularidad, se acabó el dinero.

El *brav général* ha tenido que abandonar su suntuosa morada de Portland-Place, en Londres, yéndose á vivir modestamente á la isla de Jersey.

Según telegrafían los *reporters* ingleses, no se ha llevado á Jersey más que un criado, el caballo negro... y una señora.

Porque, eso sí, Boulanger sin una señora no puede hacer nada. Es para él como la espada para otros generales, la pluma para un poeta ó la brújula para un marino.

Andan por ahí algunos perros chicos—*sous* que por aquí decimos—prematadamente acuñaos, con la efigie de Boulanger y la inscripción *Ernest L'er, Empereur*.

Dada la influencia que han tenido siempre las mujeres en este aventurero político y lo útiles que le han sido, esas piezas debían llevar en la misma efigie la inscripción: *Alphonse Maximus*.

A pesar del frío, los toros siguen siendo el entusiasmo de los franceses, y sobre todo de las francesas.

Dicen que una duquesa se ha ido para esas tierras con uno de nuestros más distinguidos diestros y que les ha acompañado hasta la frontera un ilustre conde.

Conozco á una *demoiselle très chic* que sueña con *Badila*, y que no encontrando quien se lo presente, se ha arrancado á hablarle desde el tendido.

Otra ha tenido el alto honor de que un banderillero le quite al toro la divisa y se la regale.

Y en tanto aprecio tuvo el regalo la niña, que inmediatamente se la puso á su *fiancé*.

BLASCO.

París 17 de Octubre de 1883.

## EL AVESTRUZ

(TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS)



MARTINOT (Pablo), salía del Ministerio llevando bajo el brazo una abultada cartera, con la cara de hombre aburrido y el gesto de fastidio tan común en todos los empleados. Abandonaba tranquilamente su oficina, y dirigíase con paso reposado á la próxima estación del ferrocarril, donde debía tomar el tren de las cinco y diez, que en breves minutos le trasladaba todos los días al pintoresco pueblecillo de Ville-d'Avray (Seine-et-Oise), donde residía con su apreciable familia.

Porque Martinot (Pablo) era casado y padre de tres hijos, una hembra y dos varones.

La tarde estaba pesada y calurosa.

El paseo, hermosado por la larga hilera de árboles que va desde la Magdalena á la Bastilla, tenía á cada hora de la tarde una fisonomía y un aspecto distinto. A las cuatro, por ejemplo, hay menos animación, menos bullicio que á las tres. Cerrada ya la Bolsa y los escritorios de las casas de banca, los bebedores de ajeno invaden las mesas de los cafés, los carruajes dirigen al Bosque, los trajes de las elegantes caen hasta el cubo de las ruedas en las ligeras victorias, y los perritos asoman por las portezuelas de las berlinas su hocico inquieto y gruñoncillo.

Martinot (Pablo) caminaba sin pensar en nada malo—era una buena persona el tal Martinot,— cuando, de improviso, un caballero que leía la cotización de la Bolsa, con las narices metidas en las columnas del periódico, tropezó violentamente con nuestro pacífico empleado.

—¡Cuidado, imbécil! exclamó Martinot.

El distraído lector miró todo hoscó á su interpelante; iba á contestar enérgicamente sin duda, cuando de pronto su avinagrado gesto se iluminó con la más seráfica sonrisa, asomaron las lágrimas á sus ojos, y se arrojó en los brazos de Martinot gritando:

—¿Eres tú? Querido Pablo! ¿Cómo te va?

Martinot, mal repuesto aún de su sorpresa, creyó al pronto que se las había con un loco; pero fijando después su atención en el desconocido, recordó perfectamente aquella fisonomía, y olvidando todo resentimiento, exclamó:

—¡Busquet! ¡Mi querido Busquet! ¡Caramba, si apenas has cambiado! Pero ¿qué haces? ¿En qué te ocupas? ¿Qué has hecho desde tu salida del colegio Cousin?

—¡El colegio Cousin! ¡Qué tiempos aquellos! Palabra de honor que estás lo mismo que entonces, salvo la barba y la harriga... Por supuesto que te habrás casado...

—¿Quién te lo ha dicho?  
—Nadie; pero tú has sido siempre muy amigo de la calma y el reposo, y de fijo que te casaste muy joven buscando la paz del hogar. ¿Qué tal tu mujer? ¿Es buena? ¿Estás contento en tu matrimonio?... Ya sabes que es un estado que tiene verdaderos peligros...

—¡Oh! Yo soy completamente feliz. Mi mujer es un ángel. Me ha dado tres hijos, dos varones y una niña.  
—Sea enhorabuena. ¿De modo que no tienes motivo ninguno de queja?

—Ninguno. Mi mujer es algo voluntariosa...

—Como todas las mujeres.

—Pero nada más. Y tú, ¿qué tal? ¿eres feliz?

—Completamente. Soy médico, y estoy contento con mi suerte y mi carrera. Esta tarde tengo cita con uno de nuestros antiguos compañeros de colegio, con Bellat... ¿Te acuerdas de Bellat?

—¿Bellat?... No, en este momento no recuerdo.

—Sí, hombre... aquel que un día te llenó el sombrero de copa de fidecs.

—¡Ah, sí!... Ahora recuerdo.

—Pues ése. Hoy comemos juntos. Es ingeniero. El muy animal parte mañana para Rusia. Una colocación soberbia, 55.000 francos de sueldo y dos meses de licencia al año para dedicarlos á sus asuntos.

—¡Soberbio! ¿Y está soltero?

—Soltero como yo.

—¡Bribones!

—Yo también me marché mañana.

—¿A Rusia?

—No, hace allí mucho frío. Al Senegal.

—Allí hace demasiado calor.

—Lo prefiero. De modo que hoy nos acompañas á comer, ¿no es eso?

—¡Imposible! ¿Y mi mujer?

—Pónle un telegrama. Precisamente aquí está la Central.

—¡Hombre!...

—¿Qué diablo! ¿Vas á rehuser? Creo que bien puedes permitirte el placer de comer con dos antiguos camaradas. ¡Quién sabe si nos volveremos á ver!

Diciendo esto, entraban ya en las oficinas del telégrafo. Diez minutos más tarde el hilo eléctrico transmitía el siguiente despacho:

«SEÑORA MARTINOT

*Pabellón Verde, Ville d'Avray (Seine-et-Oise).*—Como con amigos de colegio. Estaré en esa á las 12,35.—Besos.—Pablo.»

(Se continuará.)



## PROPIO Y AJENO

Gracias á la galantería del autor, ofrecemos hoy á nuestros lectores las primicias del bellissimo poema *El niño de nieve*, original del distinguido literato D. Manuel del Palacio, cuya obra se pondrá á la venta el próximo lunes.

¿Han visto ustedes *El Resumen* del miércoles último?

¡Y lo notable es que va á continuar así todos los días! ¿Que no es número extraordinario!

¿Cómo que no, si lo ha visto toda España? Un número precioso, lleno de *monos* por todas partes, folletín con ilustraciones superiores, aumento de tamaño, buen papel, y todo por cinco céntimos.

¿Que cómo se las arregla el amigo Figueroa?... ¡Ah! En cuanto á eso, ¡vayan ustedes á averiguar! La verdad es que *El Resumen* es un diario de primer orden. Eso es indiscutible.

*Plata Meneses*. Con este título acaba de publicar el joven y discretísimo poeta Emilio del Val, una colección de poesías, en las que rebosa la gracia y la intención picaresca, la frase castiza y la inspiración lozana y vigorosa de que ya nos había dado gallarda muestra el novel escritor.

El libro se venderá bien, muy bien; y no decimos más en elogio de nuestro amigo y colaborador, porque es de casa.

